

UN ORIENTALISMO PERIFÉRICO: VIAJEROS LATINOAMERICANOS, 1786-1920

HERNÁN G. H. TABOADA
Cuadernos Americanos

I

Orientalismo y viajeros latinoamericanos

EL SIGLO XIX DESTACA por la existencia de una fuerte consolidación de las viejas imágenes del Oriente¹ que la Antigüedad clásica, la Edad Media y la Ilustración habían difundido en el imaginario europeo. Una parte no pequeña de esta labor debe atribuirse a los autores de un género que tuvo en este siglo una extraordinaria popularidad: el relato de viajes a lugares exóticos, entre los cuales se privilegiaron los países del Oriente. Es sabido que fueron, sobre todo, ingleses y franceses quienes realizaron o por lo menos transformaron en relatos la mayor parte de dichas aventuras; también se sabe que en ellas aparecen supuestos básicos, temas y recursos narrativos que contribuyeron a fortificar las imágenes establecidas del oriental.²

¹ A lo largo de este trabajo utilizo conscientemente los términos "Oriente" y "orientales" en el sentido que tenían para la mayoría de los autores del siglo pasado, es decir, geográficamente acotado a los países que hoy están comprendidos en el impreciso "Medio Oriente", y en el uso denunciado por Edward Said y otros críticos del orientalismo, es decir, una construcción que reflejaba tanto o más lo que eran proyecciones del subconsciente europeo que sociedades y hombres reales.

² Sobre el tema remito a las obras clásicas de Norman Daniel, *Islam and the West. The Making of an Image*, Edimburgo, The University Press, 1958; Edward Said, *Orientalism*, Nueva York, Vintage, 1979 (edición española: *Orientalismo*, Madrid, Libertarias, 1990); Maurice Rodinson, *La fascinación del islam*, Madrid, Júcar, 1989; M. E. Yapp, "Europe in the Turkish mirror", en *Past and Present* 137 (1992), pp. 134-155. Sobre el orientalismo en España, James T. Monroe, *Islam and the Arabs in Spanish Scholarship. Sixteenth Century to the Present*, Leiden, Brill, 1970; Manuela Manzanera de Cirre, *Arabistas españoles del siglo XIX*, Madrid CSIC, 1989; Miguel

Junto con estos viajeros de las potencias dominantes, el siglo XIX conoció a otros cuya cultura, circunstancias de viaje y finalidades eran distintas; de este modo, existe una literatura producida por quienes hicieron el viaje inverso, los orientales que visitaron Europa y la describieron; últimamente sus obras han recibido cierta atención de los investigadores. No sucede lo mismo con los viajeros pertenecientes a alguna de las otras áreas consideradas exóticas por los europeos y que visitaban los países del Oriente. En este artículo se estudiará el caso de los latinoamericanos.

Dichos viajeros nos interesan en cuanto conformadores de lo que podríamos llamar el orientalismo latinoamericano, el cual desde sus inicios, fue subsidiario del europeo: los conquistadores llevaron una serie de ideas sobre el moro que son fácilmente rastreables en los cronistas de Indias; el Oriente como patria de una sabiduría inmemorial, construido por Athanasius Kircher y otros eruditos europeos, encontró eco en Carlos de Sigüenza y Góngora y en sor Juana Inés de la Cruz en la Nueva España; en el siglo XVIII la imagen predominante fue la del despotismo oriental que fue equiparada a la del despotismo español por los pensadores de la Independencia, llegando incluso a sospecharse un origen común para ambos.

Todas las imágenes confluyeron en el siglo XIX y se volvieron más complejas y variadas. En esa ocasión se trataba también de un reflejo de la mayor complejidad y variedad que en Europa se estaba logrando, y era un reflejo más fiel que los anteriores de esos modelos europeos, porque la dependencia de las culturas francesa e inglesa fue más fuerte en la Latinoamérica decimonónica, aunque también existe una veta de orientalismo español cuya influencia no debe descartarse (como en general no debe hacerse con la influencia española en el pensamiento latinoamericano del siglo pasado, omisión sin

Ángel de Bunes Ibarra, *La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos XVI y XVII; los caracteres de una hostilidad*, Madrid, CSIC, 1989; para el siglo XIX, que es el que aquí nos interesa, Lily Litvak, *El sendero del tigre: exotismo en la literatura española de finales del siglo XIX, 1880-1913*, Madrid, Taurus, 1986; no existe una obra semejante acerca del ámbito latinoamericano, aunque he intentado una aproximación en mi artículo "Orientales imaginarios y reales en América Latina", *Quadrivium* (Toluca), en prensa, con alguna bibliografía parcial.

embargo frecuente). Alguna novela y muchos poemas de tema musulmán, ediciones y retraducciones del Omar Jayyam de Fitzgerald, casas de estilo neomudéjar, son algunas de las manifestaciones del orientalismo que llegaba a América Latina; su carácter prestado es evidente no sólo en la elección de temas, la grafía de los nombres usados y las citas autorales que se hicieron, sino también en la poca atención que se dirigió tanto a los acontecimientos contemporáneos del Oriente como a la llegada de orientales reales, las oleadas de inmigrantes árabes que se asentaban en Brasil, Argentina o México.

La dependencia de las fuentes europeas, la falta de originalidad, la posición marginal en el conjunto de la producción cultural, son características que nos remiten a un “orientalismo periférico”, es decir uno que toma prestadas sus categorías centrales de las que habían sido difundidas en Europa. A diferencia de Estados Unidos, que muy pronto contó con arabistas o sanscritistas, el arcaísmo del desarrollo moderno en América Latina hizo que estos estudios fueran inexistentes hasta la segunda mitad de nuestro siglo. En culturas donde la misma imagen americana derivaba de las elaboradas en Europa, debía necesariamente darse una dependencia todavía mayor de los estudios orientalistas: el resultado fue un fárrago reiterativo y superficial, cubierto por la típica verborrea criolla. Sus expresiones se pueden encontrar en capítulos de historia o literatura universal producidos en nuestro subcontinente, pero donde dicha imagen es más explícita es en la literatura que estudiamos en este trabajo.

Si bien los libros latinoamericanos de viajes han sido objeto de algunos artículos monográficos y publicaciones antológicas, en general la atención se ha dirigido a la imagen que tales viajeros dan de Europa, de Estados Unidos o incluso de los otros países de América Latina. Las aventuras latinoamericanas en el Oriente, salvo algunas excepciones, son poco conocidas, y yacen sepultadas en viejos libros o revistas cuyos raros ejemplares, pocas veces reeditados, se distribuían entre las amistades del viajero y hoy se han perdido o deben ser objeto de búsqueda ardua en bibliotecas y bibliografías. Por lo tanto, en este trabajo no se da cuenta de todo el *corpus* existente, sino que se busca trazar los rasgos generales de una his-

toria de los viajes latinoamericanos al Oriente para intentar luego un análisis de sus principales características.³

II

El precursor en el Oriente

Durante la Colonia algunos individuos provenientes de la América española o portuguesa visitaron los países del Oriente; sabemos que hubo cierto interés en los relatos de peregrinaciones a Tierra Santa que se encuentran en bibliotecas coloniales; también hubo algunos individuos que llegaron a realizar esta peregrinación, como Ceverio de Vera, que escribió un relato de la misma en el siglo XIV, y quizás también el anónimo mexicano que dejó en Jerusalén una imagen de la Virgen de Guadalupe y recuerdos de un himno en su honor, como descubriría con placentera sorpresa el sacerdote mexicano José María Guzmán en 1835.⁴

Sin embargo, podemos considerar a Francisco de Miranda como el primer latinoamericano en haber visitado el Oriente. Además de su actuación en el frente de Melilla (1774) y una posible visita a Egipto de la que no quedan más rastros,

³ Las obras que más específicamente me han servido en el rastreo y análisis de los autores han sido: la Introducción de Ignacio Altamirano al libro de Luis Malanco citado *infra*; Juan B. Iguiniz, "Bibliografía de viajeros mexicanos en el extranjero", en *Memorias de la Sociedad Antonio Alzate* (México), tomo 52, núm. 1-4 (1929-1930), pp. 17-72; Felipe Teixidor, *Viajeros mexicanos (siglos XIX y XX)*, México, Letras de México, 1939; *Viajeros hispanoamericanos (temas continentales)*, compilación, prólogo y bibliografía de Estuardo Núñez, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1989; David Viñas, "La mirada a Europa: del viaje colonial al viaje estético", en *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982 (capítulo, 149), pp. 13-77; George D. Schade, "Los viajeros argentinos del ochenta", *Texto Crítico* (Xalapa, México), núm. 28 (1984), pp. 82-103; Elena Duplancic de Elgueta, "La bibliografía argentina sobre literatura de viajes", *Boletín de Literatura Comparada* (Mendoza), año 13-15 (1988-1990), pp. 185-200.

⁴ Véase más adelante el testimonio del padre Guzmán; se consideró en la época de extrema importancia, y lo citaron Carlos María de Bustamante e Ignacio Manuel Altamirano; este testimonio fue quizás lo que llevó al primero de estos autores a editar las notas de viaje de Guzmán; véase *Testimonios históricos guadalupanos*, compilación, prólogo e índice de Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, México, FCE, 1982, pp. 1014 y 1210.

Miranda recorrió el Imperio otomano en 1786; ese año desembarcó en la costa del Peloponeso dominado por los turcos; era la primera parte de un periplo a través de Zante, Patras, Corinto, Atenas, Esmirna y Constantinopla, desde donde cruzó la frontera de Rusia en Kherson. De esta visita nos han quedado el diario que redactó y algunos documentos que fueron conservados escrupulosamente, tarjetas de visita, una receta, papeles varios. Por lo tanto, nos hallamos ante un material muy poco elaborado, en un estilo desenfadado e interesante.⁵

Miranda llegó a tierra otomana con algunas lecturas, no sólo de los pensadores más famosos, sino también de la mejor literatura especializada de la época: Lady Montagu, Pococke, el barón de Tott, Mouradgea d'Ohsson, Hill, son los autores que menciona, algunos de ellos con comentarios que señalan lecturas por lo menos parciales, las cuales le permitieron redactar el cuadro cronológico de la historia otomana que figura entre sus papeles. Su observación agregó y modificó estas lecturas, aunque su viaje sólo haya durado unos seis meses y no hayan sido muchos sus contactos: algunos personajes turcos, gobernadores y militares, y los miembros de la colonia europea en Estambul. Sin embargo, allí donde pudo hizo observaciones directas: en el barco que lo transportó a Asia Menor viajaron unos sujetos de distinción que "suministraron bastante materia a mi observación de las costumbres de esta nación, su modo de comer, dormir, vivir, etc." Su curiosidad lo llevó a un café donde se reunían fumadores de opio y quiso, sin éxito, entrar al mercado de esclavas circasianas.

De la observación que mezcló con su búsqueda de exotismos, Miranda derivó algunos comentarios favorables sobre los turcos: su belleza, gratitud y honradez, la excelencia de los alumnos de la escuela militar; también llegó a contrastar la suciedad francesa con la limpieza turca. Su tolerancia dieciochesca va más allá de la de sus sucesores, incluso en un asunto como el de la homosexualidad.

⁵ Francisco de Miranda, *Colombeia*, Caracas, Presidencia de la República, 1979. Segunda sección: *El viajero ilustrado, 1785-1786*, prólogo, notas y cronología de Josefina Rodríguez de Alonso; sobre su vida y la noticia de su viaje a Egipto, William Spence Robertson, *La vida de Miranda* (1929), Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1967, p. 59.

También alcanzó Miranda a introducir algunas modificaciones en el cuadro del "despotismo" aprendido de sus lecturas; el barón de Tott, comenta, "no nos ha presentado sino el cuadro de sus defectos, sin mencionar ninguna de sus virtudes"; llega a percibir que este cuadro de despotismo es resultado, en gran parte, de la falta de información; si dispusiéramos de buenas traducciones de sus libros "tendríamos mejor y más verdadera opinión de ellos que lo que en el día reina generalmente en Europa", ya que existe un saber "que nadie esperaba encontrar en el cuerpo del despotismo". Incluso éste es puesto en duda: "un pueblo que destrona tres soberanos en menos de sesenta años no es un cuerpo muerto, ni menos una nación pasiva que no piensa".

Aunque Miranda sigue contemplando todo como un extraño, y un extraño que se identifica con Europa, su relato es una muestra notable de interés y voluntad de entendimiento. Virtudes que, tras este buen comienzo, perdieron sus sucesores viajeros.

III

Peregrinos, visitantes, relatos

La aventura de Miranda se insertaba en un panorama de creciente interés por el género (relativamente novedoso) de los viajes, interés que aparece entre el público latinoamericano en los años próximos a la Independencia; durante esta época son muy citadas las obras de Volney, sobre todo *Las ruinas de Palmira* (1791), pero también sus libros de viaje a Egipto y Palestina (1787), junto con los de otros autores. Tras la Independencia, es conocida la afición de Andrés Bello a esa literatura, que compartieron, entre otros, Domingo F. Sarmiento y Juan Bautista Alberdi.⁶

⁶ Sobre el interés de Bello, Barry L. Velleman, *Andrés Bello y sus libros*, Caracas, La Casa de Bello, 1995, p. 71; sobre Sarmiento y Alberdi, véase Elena Duplancic de Elgueta, *op. cit.*

Puede suponerse la existencia de varios factores detrás de dicho interés, como la posibilidad de acceder a una literatura hasta entonces prohibida (por ejemplo Lady Ashley Montagu, un anónimo *Viaje a Constantinopla*, Volney o los autores reciclados por Montesquieu)⁷ y el auge que la misma cobraba en Europa. No hubo sin embargo un deseo paralelo por realizar viajes parecidos, o las condiciones no estaban dadas; por lo menos no tenemos noticias de ellos, fuera de menciones muy posiblemente apócrifas, como la del condenado al presidio de Ceuta que pone en escena el mexicano Joaquín Fernández de Lizardi (1823): “De Ceuta me fugué para África, renegué y vi sus costumbres. Malditos son los Moros para castigar el robo. Muy poco es materia de pescuezo, lo mismo que entre los angloamericanos, que ahorcan al que roba diez pesos o una cabalgadura”.⁸ Se trata con toda posibilidad de una ficción literaria; en otro caso, el italiano Agostino Codazzi, que visitó Anatolia en 1816, para describirla en sus coloridas memorias de 1825, sólo posteriormente se convertiría en el venezolano Agustín Codazzi.⁹

Debemos esperar hasta 1835 para encontrar un viaje documentado: el del padre José María Guzmán, quien tras dirigirse a Roma a “agitar la causa de la beatificación del VP Antonio Margil de Jesús”, continuó visitando los Santos Lugares; ahí comprobó, después de revisar la lista de los peregrinos, que era el primer mexicano que dejaba su nombre. Producto de este viaje fue una “relación” impresa en Roma, a la que siguió una edición más correcta realizada por Carlos María de Bustamante. Pocos años después, el venezolano Francisco Michelena y Rojas iniciaba sus largos viajes que lo llevarían por amplias regiones del mundo, entre ellas la costa de Arabia, Egipto, Argelia y Túnez; Michelena esperaba relatar sus via-

⁷ Para la mención de esta literatura véase *Archivo Nariño*, Bogotá, Presidencia de la República, 1990, I, pp. 262 y 286; Harry Bernstein, “Cultura inquisitorial”, *Historia Mexicana* (México), vol. 2 (1952), pp. 87-97.

⁸ José Joaquín Fernández de Lizardi, *Obras*, XII, *Folletos (1822-1824)*, Recop., ed. y notas de Irma Isabel Fernández Arias y María Rosa Palazón Mayoral, prólogo de María Rosa Palazón Mayoral México, UNAM, 1991, p. 397.

⁹ Agustín Codazzi, *Las memorias*, traducción, presentación y notas de Marisa Vannini de Gerulewicz, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970.

jes en libros que constituirían una absoluta novedad en el género, en su país y en Europa; sólo en parte pudo llevar a cabo este proyecto.¹⁰

Guzmán, el peregrino, y Michelena, el aventurero, se constituyen como precursores de una corriente cada vez mayor. Se trata sin duda de un resultado de la creciente inserción de esos países en el mercado mundial, con el consiguiente enriquecimiento de algunas clases; ésta también debe verse como una consecuencia de la revolución en los transportes que el barco de vapor y el ferrocarril estaban introduciendo, junto con la nueva industria turística, que organizó en Egipto y Tierra Santa el empresario Thomas Cook desde mediados del siglo. Entre 1841 y 1844 el peruano Juan Bustamante visita Europa, tras lo cual prosigue hacia los Balcanes, Turquía, Grecia, Tierra Santa, la costa de Arabia, la India y China, y regresa a su país por el Pacífico. Su coterráneo Francisco Esteban de Ingunza y Basualdo viaja unos años después (1848) por Tierra Santa,¹¹ precedido por el argentino Domingo Faustino Sarmiento, quien estuvo en Argelia en 1847.¹² Otro argentino, Lucio V.

¹⁰ José María Guzmán, *Breve y sencilla relación del viaje que hizo a visitar los Santos Lugares de Jerusalén*, México, Abadiano, 1837; Juan B. Iguiniz, "Fray José María Guzmán, primer peregrino mexicano en Tierra Santa" (1913), en *Disquisiciones bibliográficas. Autores, libros, bibliotecas, artes gráficas*, México, El Colegio de México, 1943, pp. 65-70; Francisco de Michelena y Rojas, *Viajes científicos en todo el mundo desde 1822 a 1841*, Madrid, Boix, 1843; Lucas G. Castillo Lara, "Francisco de Michelena y Rojas: el peregrinar apasionado de un venezolano del siglo XIX", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), tomo 73, núm. 289 (1990), pp. 23-34; Manuel Lucena Giraldo, "Sin reconocimiento ni recompensa: los viajes del venezolano Francisco Michelena (1801-1872)", en Alejandro R. Diez Torre, Tomás Mallo y Daniel Pacheco Fernández, coords., *De la ciencia ilustrada a la ciencia romántica*, Actas de las II Jornadas sobre España y las expediciones científicas en América y las Filipinas, Madrid, Doce Calles, 1995 (col. Actas), pp. 426-439.

¹¹ Estuardo Núñez, *La imagen del mundo en la literatura peruana*, México, FCE, 1971, p. 81.

¹² Domingo Faustino Sarmiento, *Viajes por Europa, África y América 1845-1847 y diario de gastos*, Ed. Crítica de Javier Fernández, coord. París, UNESCO, 1993 (Col. Archivos, 27); Olga Fernández Latour de Botas, "La parábola africana como pre-texto de Sarmiento", en *ibid.*, pp. 1053-1071; Paul Verdevoye, "Viajes por Francia y por Argelia", en *ibid.*, pp. 639-715; Ricardo Orta Nadal, "Presencia de Oriente en el *Facundo*", *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas* (Rosario), vol. 5 (1961), pp. 93-122; Paul Verdevoye, *Domingo Faustino Sarmiento éducateur et publiciste (entre 1839 et 1852)*, París, Institut des Hautes Études sur l'Amérique Latine, 1963; Adriana Rodríguez Pérsico, "Las teorías estético-políticas de los 'Viajes'", en *Jornadas Internacionales Domingo Faustino Sarmiento*, Neuquén, Universidad Nacional

Mansilla, hizo un recorrido distinto en 1850: por la ruta del Pacífico penetró a la India, después de lo cual visitó el Himalaya, el Mar Rojo, Egipto y Constantinopla. Dice haber escrito un diario de viaje que después perdió; sus impresiones acerca de dicho viaje aparecen de vez en cuando en sus escritos.¹³ Cerca de 1861 el peruano Pedro Paz Soldán (Juan de Arona) visita el norte de África, Egipto, Palestina y Turquía, y el mexicano Salvador Esquino hace su primer viaje al Oriente.¹⁴ Empieza a aumentar el número de peregrinos: en 1863 el colombiano Andrés Posada Arango recorre Palestina;¹⁵ en 1862 lo hace el presbítero mexicano Rafael Camacho, acompañado por el obispo de Puebla, luego arzobispo de México, Pelagio Antonio de Labastida.¹⁶ En 1875 Ignacio Martínez permanece dos días en Tánger.¹⁷ El argentino fray Mamerto Esquiú peregrinó entre 1876 y 1877,¹⁸ un poco antes había estado el mexicano José López Portillo y Rojas y un poco después el chileno Pedro del Río Zañartu y el mexicano Luis Malanco, ambos en 1880

del Comahue, 1988, pp. 89-99; Marcelino Villegas, "España y el Magreb en la obra de Domingo Faustino Sarmiento", *Actas del II Coloquio Hispano-Marroquí de Ciencias Históricas* (Granada 1989), Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional, 1992, pp. 371-381.

¹³ Lucio V. Mansilla, "Una visita a las pirámides", *Entre nos (causeries del jueves) (1889-1890)*, Buenos Aires, Hachette, 1963, pp. 164-174; *Mis memorias (infancia-adolescencia)* (1904), Estudio preliminar de Juan Carlos Ghiano, Buenos Aires, Hachette, 1955; Enrique Popolizio, *Vida de Lucio V. Mansilla*, Buenos Aires, Peuser, 1954, caps. V y VI; José Luis Lanuza, *Genio y figura de Lucio V. Mansilla*, Buenos Aires, Eudeba, 1967, pp. 23-26; Rodolfo Vinacua, "Lucio V. Mansilla", en *Historia de la literatura argentina*, 1, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967, fase. 18.

¹⁴ Estuardo Núñez, *op. cit.*; Salvador Esquino, *Un viaje por la Europa meridional, Francia, España, Italia, Grecia. Punto de partida México, pasando por los Estados Unidos y dando un brinquito a Bélgica, otro a Tánger y un salto a Londres, por Salvador Esquino, 1902-1903*, Toluca, Imprenta Victoria, 1905. En el apéndice 2, p. XV Esquino da cuenta de éste su primer viaje.

¹⁵ Andrés Posada Arango, *Viaje de América a Jerusalén, tocando en París, Londres, Loreto, Roma i Egipto*, con un prólogo francés por Mr. F. Gravelot, París, A. E. Rochette /s.f./.

¹⁶ Rafael Sabás Camacho, *Itinerario de Roma a Jerusalén en el año 1862*, por el Dr.... México, Imprenta Católica de Francisco Lugo, 1885; 2. ed. corr. y aum. por el autor, Guadalajara, Tipografía de Dionisio Rodríguez, 1873 (sic las fechas de edición).

¹⁷ Ignacio Martínez, *Recuerdo de un viaje en América, Europa y Asia*, París, Librería de P. Bregi, 1884.

¹⁸ Manuel Gálvez, *La vida de Fray Mamerto Esquiú*, Buenos Aires, Tor, 1933, pp. 100-130.

aproximadamente.¹⁹ No podemos contar los interesantes viajes de Adolfo de Rivadeneyra (1874-1975) entre el patrimonio latinoamericano, ya que este autor, aunque nació en Chile vivió casi siempre en España y sirvió a la diplomacia de este país.²⁰

Junto con estos casos relativamente conocidos hubo sin duda muchos viajes que hoy ignoramos. En 1863 Posada Arango encuentra en Jerusalén algunos sacerdotes mexicanos,²¹ y unos años después José María Portugal y Rafael Camacho ya nos pueden dar detalles sobre los mismos. Hacia 1866 trabajaba en Tierra Santa el fotógrafo, al parecer mexicano, Álvarez Palencia; unos versos en latín a la virgen fueron dejados por el obispo chileno Ramón Jara en el Carmelo, donde los copió su paisano Francisco Herboso.²² Y algunos otros anónimos que encontramos mencionados de manera superficial, como un aristócrata colombiano, “un señor trigueño que dijo ser el cónsul general de Chile en Jerusalén”. Se vislumbra así la llegada de representantes oficiales, que constatamos con el caso del general Leopoldo Márquez Araujo, enviado en 1865 por el emperador Maximiliano de México a entregar al *padisha* otomano (que había reconocido al Imperio) el collar de la nueva Orden del Águila de México, y para tratar de establecer un convento de capuchinos en Tierra Santa.²³ En 1880 había ya un consulado brasileño en Suez.²⁴

¹⁹ Lilianet Iris Brintrup Hertling, *Viajeros chilenos románticos: diarios, cartas, recuerdos*, Univ. Michigan, 1989; José López Portillo y Rojas, *Egipto y Palestina: apuntes de viaje*, México, Díaz de León y White, 1874; Luis Malanco, *Viaje a Oriente*, pról. de J. Cuevas, introd. de Ignacio Altamirano, México, Imprenta Agrícola-Comercial, 1882-1883.

²⁰ Últimamente se ha prestado alguna atención a este autor, y tenemos una reimpresión de su obra *De Ceilán a Damasco* y una paráfrasis comentada de Lily Litvak, *Viaje al interior de Persia. El itinerario de Rivadeneyra (1874-1875)*, Lily Litvak (ed.) Barcelona, Ediciones el Serbal, 1987.

²¹ Andrés Posada Arango, p. 115.

²² Lo menciona el viajero francés J. G. d'Anquin, en referencia que recoge Nissan N. Pérez, *Focus East. Early Photography in the Near East (1839-1885)*, Nueva York, Jerusalén, Harry N. Abrams, The Domino Press, 1988, pp. 144-145.

²³ Véanse las biografías en el *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*, 5. ed., México, Porrúa, 1986 y en la *Enciclopedia de México*, México, Enciclopedia de México, 1993, tomo IX, pp. 5012-5014 y Carlos Sánchez-Navarro, *Miramón, el caudillo conservador*, 2. ed., México, Patria, 1949, p. 142.

²⁴ G. B. Beccari, *Guida descrittiva, economica e commerciale dei porti più ragguardevoli del Mar Rosso; il pellegrinaggio musulmano ed il Canale di Suez*, Montevarchi, Galassi, 1880.

En la última parte del siglo, la existencia de un mayor número de comodidades permitió traslados más numerosos; llegaron a viajar grandes comitivas como la que llevó consigo Don Pedro II emperador del Brasil, en sus dos viajes a Oriente, en 1871 y 1876, o los 27 curas mexicanos más uno boliviano y algunas damas que recorrieron Egipto y Tierra Santa en 1898.²⁵ También viajaban familias enteras, por supuesto las que podían hacerlo: “El viaje a los países de Levante fue por muchos años un viaje de rigor entre quienes contaban con los medios necesarios para realizarlo”, nos dice el descendiente de una de esas familias, la del dictador mexicano Porfirio Díaz quien visitó Egipto en 1913, tras su derrocamiento; ahí fue recibido con todo honor por Kitchener “en su calidad de comandante honorario de la Orden de Bath”; una foto, la que adorna la portada de las memorias de su descendiente, y algunos fragmentos de historia oral son los testimonios que han quedado de ese viaje.²⁶

De manera que en la última etapa aquí considerada, los tres lustros previos a la Primera Guerra Mundial, el viaje a Oriente ya había dejado de ser la aventura de los inicios para transformarse en el viaje turístico de nuestros días. Así lo señalan los registros de salidas y llegadas de barcos a los puertos mexicanos y argentinos; o la sensación de relativa comodidad que dan los relatos de la breve estancia de Esquino en Tánger (1902), o del cubano Juan M. Dihigo, quien asistió en 1912 al Congreso de Orientalistas en Atenas y prosiguió luego por Egipto y Tierra Santa.²⁷ También de esta época son el viaje del peruano José Antonio Román (1904-1905), del chileno Francisco Herboso y de Rosalía Abreu, rica y culta mujer que “ha viajado muchísimo: toda Europa, hasta Grecia y Turquía, el

²⁵ Pbro. J. Trinidad Basurto, *Recuerdo de un viaje, historia de la segunda peregrinación mejicana a Roma y primera a Tierra Santa*, México, Tipografía de “El Tiempo”, 1898, 2 vols.

²⁶ Carlos Tello Díaz, *El exilio: un relato de familia*, México, Cal y Arena, 1993, pp. 38 y ss.

²⁷ Juan M. Dihigo, *Hacia el Viejo Oriente*, La Habana, El Siglo XX, 1917. Antes publicado en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*. Sobre el autor, véase el *Diccionario de la literatura cubana*, La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, 1980, tomo I, pp. 285-286.

Egipto, la Palestina, la India... en el orden artístico le parecen interesantes sobre todo Italia y Egipto".²⁸

Además de los dos excepcionales autores que más adelante serán objeto de un comentario especial. Por ahora detengámonos a dilucidar algunas características de los personajes que se acaba de nombrar.

IV

Cómo viajaron

Aunque no puede ni lejanamente compararse con la enorme abundancia de escritos ingleses y franceses, aun alemanes o estadounidenses, sobre el viaje a Oriente, la literatura latinoamericana cuenta, como se ha visto, con cierta cantidad de títulos. Pero es la calidad la que llega lastimosamente a faltar. Ello debe atribuirse a multitud de circunstancias materiales y culturales que rodeaban los viajes.

Un motivo principal de la visita era la peregrinación a los Santos Lugares: podía ser un deseo acariciado por años, y que seguía siendo en el recuerdo un acontecimiento central en la vida. En otros casos la visita a Oriente era un apéndice de la más importante que se realizaba a Europa, o parte de un viaje universal; el ansia por conocer lugares, que Michelena o Mansilla expresan; sin embargo, la búsqueda del auténtico romanticismo que los europeos hallaban en Oriente, falta en la mayoría de nuestros viajeros, apresurados y remilgosos. En general realizaban estancias cortas: algunos meses a lo sumo, y sólo unos días en ocasiones.

Las largas residencias no han dejado rastro ya que no hubo entre los latinoamericanos cónsules o comerciantes, ni mucho menos espías o militares como los que recorrían Oriente al servicio de Francia o Inglaterra. En un solo caso, el de Mansilla, podemos mencionar un motivo comercial: su familia,

²⁸ Francisco J. Herboso, *Reminiscencias de viajes. III. Tierra Santa*, Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1906; Alfonso Reyes/ Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1 1907-1914*, México, FCE, 1986, p. 160 (Carta de Pedro H. Ureña a A. Reyes, 30 abril de 1911).

emparentada con el gobernante Juan Manuel de Rosas, encontró peligrosas sus lecturas y decidió encomendarle, a sus diecisiete años, la misión de comprar objetos de China e India, que tenían gran aceptación en Buenos Aires. Partió así en 1849 hacia la India con un gran tren de seis sirvientes y abundante dinero, patacones mexicanos, que entonces eran de amplia circulación en el Índico. Pero Mansilla gastó el dinero irresponsablemente y no adquirió nada de lo que se le había encomendado.

En otros casos se aprovechaba alguna misión oficial: Juan Dihigo estudió para el gobierno cubano el sistema de enseñanza de la American University de Beirut; Sarmiento desvió la ruta de su misión destinada a estudiar los sistemas educativos europeos; Luis Malanco utilizó como base su servicio como asesor letrado de la Legación Mexicana en Roma. Pero los demás viajeros se costeaban todos sus gastos; el coronel Ignacio Martínez aprovechó, según nos dice, el dinero que pudo ganar gracias a su profesión como médico; para los peregrinos podía mediar la generosidad de algún eclesiástico o la hospitalidad de los conventos, a la que los franciscanos tenían especial derecho, y que permitió las estancias de Guzmán, de Portugal, de Esquiú, de Basurto y de su comitiva. Retribución de esta hospitalidad parece haber sido la propaganda realizada al regreso a sus países, que permitió recoger limosnas para los Santos Lugares. Otros formaban parte de ricas familias, como Michelena, López Portillo o Paz Soldán; el primero revela sin pudor, en la introducción de su obra, que viajó "con todas las comodidades que la abundancia de recursos puede proporcionar".

Los viajeros llegaban con un mínimo conocimiento del país que iban a visitar: los infaltables Lamartine y Chateaubriand, Víctor Hugo y Ernest Renan, más tarde Pierre Loti, constituyen los autores y guías más usuales; fuera de Miranda, que había podido acumular en Inglaterra una importante biblioteca, y Michelena, que encaró con gran profesionalismo su tarea, es raro el caso de Sarmiento, que tenía alguna lectura suplementaria, o de Pedro Paz Soldán, quien en Malta consultó literatura seria de autores ingleses. Lo usual era que en el lugar compraran alguna guía de turismo o algún folleto. El idioma les era desconocido: el emperador Pedro II quizás fue el único que había realizado estudios de lenguas orientales: he-

breo, sánscrito y algo de árabe; algún interés mostró también Pedro Paz Soldán, quien se proveyó de gramáticas y diccionarios, pero esto no fue seguido por un estudio más profundo.

Tampoco era mucha la información recogida en el lugar; Michelena criticó con acierto a quienes escribían sus memorias con lo poco que habían visto, tras visitar sólo a la clase acomodada, y sin alejarse de las ciudades: él en cambio anduvo por doquier, como dice, "confundido con la multitud, aun en las tabernas, sus usos y costumbres me fueron familiares", respetó todo e incluso se unió a sus ceremonias religiosas. También el emperador Pedro II, merced a su posición, pudo visitar algunas personalidades, entre ellas el mismo jedive de Egipto, Ismail, y ofrecer así una pequeña variante de la opinión, en general elogiosa, que los latinoamericanos (influidos por la versión francesa) daban de la dinastía de Muhammad Ali: "aproveita demais do povo de Oriente". Pudo gozar el emperador de la guía del conde de Gobineau, embajador francés en Brasil, orientalista aficionado y gran usuario del imperial bolsillo, o pagar los servicios de Mariette Bey para sus excursiones egiptológicas.

Los otros sólo conocieron poco más que el entorno de los turistas: las colonias europeas de Alejandría y El Cairo, el círculo de la aduana (la descripción del caótico desembarco entre los *facchini* de Alejandría es de rigor), el correo, el hotel, la ópera de El Cairo y la banca; los dragomanes, los levantinos, los cónsules, los guías a las pirámides, los vendedores de reliquias, etc. Sarmiento conoció a las autoridades militares que estaban sometiendo Argelia; los peregrinos frecuentaron a los frailes italianos o españoles de los conventos y su vida en los meses de residencia parece haber estado dedicada a ejercicios, lecturas y meditaciones devotas.

Nuevos viajeros reciben así una imagen del país sobre la base de trozos de información, anécdotas y leyendas, prejuicios y chismes obtenidos de estas fuentes. Los peregrinos parecen creer todo lo que les cuentan, y meticulosamente señalan que visitaron la casa de San Esteban, la de María Magdalena o la de San José en Belén; al reflexionar sobre esta última y comparar con el texto evangélico, Rafael Camacho concluyó que probablemente dicha casa había estado alquilada en el

momento del censo de Cirenio, obligando a su propietario a alojarse en el famoso pesebre.

V

Qué escribieron

Una vez vueltos a su patria, varias razones los impulsaban a escribir: haber visitado tan lejanas regiones constituía un motivo de asombro en países donde incluso el viaje dentro de las propias fronteras era raro; en Argentina, a Mansilla se le atribuyó el calificativo de intelectual por sus aventuras en Oriente; las cartas con descripciones enviadas se podían hacer imprimir, menudeaban los pedidos de anécdotas cuyo desarrollo en torno al fuego de la chimenea recuerda Ignacio Martínez; y más tarde había solicitudes de que esas anécdotas fueran puestas por escrito. Podían servir para los peregrinos que siguieran sus huellas, o para elevar el sentimiento religioso de sus coterráneos. Entonces, tras excusarse por la poca capacidad para la tarea literaria (no deben esperar los lectores “encontrar en esta relación las bellas y poéticas descripciones de aquel Chateaubriand que ha encantado a la Europa con su hermosa pluma”, dice el P. Guzmán), o aclarando que sobre el tema todo está dicho (López Portillo) algunos accedían a la empresa. Reunían para ello algunas anotaciones de viaje, o las cartas enviadas; se acoplaba a esto alguna ilustración; parca al principio, comienza ésta a hacerse más abundante con el tiempo, aunque su origen suele ser externo: postales compradas en el lugar, láminas de otros libros; pocos fueron los dibujos, planos y fotografías obra de los viajeros mismos. También se agregaba información entresacada de las guías de turismo, o notas a pie de página que eran textuales artículos de una enciclopedia bíblica, de una historia de la Iglesia o de otras descripciones anteriores; generalmente éstas eran de autores europeos, y sobrevenía entonces la cita, paráfrasis o imitación de los viajeros franceses, aunque el padre Portugal cree útil copiar a su compatriota Luis Malanco.

Una vez lanzados a la escritura, algunos viajeros se dejaron tentar: era posible transformar su viaje en empresa litera-

ria. Hay por ello un esquema que se va repitiendo: una ligera descripción de las circunstancias del viaje (la llegada, alguna anécdota u observación) seguida por una extensa descripción de los lugares, con fechas, medidas y datos históricos que hacen suponer el uso de alguna guía de turismo (de hecho, éstas a veces se citan; Sarmiento copia apresuradamente y comete así un error de nombres), y a continuación las consideraciones del autor, piadosas, eruditas o poéticas. Además de exégeta, el narrador se va transformando en héroe, y esto se ve muy claro en un elemento de ficción omnipresente: las dificultades de lenguaje apenas se mencionan y toda la acción parece ocurrir en un medio completamente hispanoparlante, con ocasionales apariciones de francés e italiano.

En todo esto, la imitación de los autores europeos se reveló como fatal: si el relato del padre Guzmán tenía por lo menos el mérito de la sencillez, vemos en López Portillo parrafadas muy reconocibles en las que el Oriente es un estado de ánimo, con mínima influencia del entorno. La cuestión se agrava en el caso de Luis Malanco: dos volúmenes con un total de 1 176 páginas, interminables digresiones, detalles de puestas de sol, o de la comida en el hotel, un circunstanciadísimo relato de la pasión de Jesucristo, donde no se nos ahorra la vestimenta de la Magdalena. No es lo peor: a veces siguen consideraciones filosóficas e inclusive hay quien se deja caer en el misticismo.

VI

Qué dijeron

Los viajeros están conscientes y orgullosos de su origen americano: el P. Guzmán añora en numerosas páginas su tierra; Mansilla viva a América, la del norte y la del sur, junto con un grupo de estadounidenses, desde lo alto de las pirámides. Sin embargo, todos ellos se identifican sin más con “la culta Europa”, frase que aparece una y otra vez; se saben cristianos y occidentales (son también epítetos que se autoaplican) en un medio que no lo es. Consuelo de Ignacio Martínez es ha-

ber encontrado por fin, en Marruecos, a un país más pobre que México, después de sus recorridos por Europa.

Para el Oriente tienen muy pocas frases de aprecio, como los cumplidos a las mujeres y al café de los moros, que aparecen a la menor ebriedad; el pequeño elogio se mezcla con el reproche: “Da mucha lástima que tanto fervor y exactitud de los pobres mahometanos para cumplir con sus deberes religiosos no sea empleado en una causa más digna, profesando la verdadera religión.” Con más frecuencia encontramos expresiones de gusto inconfundiblemente orientalista (“esas razas de Oriente tienen un no sé qué de majestuoso”, dice López Portillo). Pero en general el juicio es negativo; en un extremo encontramos la risotada de los sacerdotes que acompañaban al padre Basurto: “Atravesamos la ciudad en la que pudimos apreciar luego su poca civilización que aún poseen y las costumbres muy distintas por cierto, así como su carácter flojo y ocioso”. Más elaborado, el juicio de Sarmiento no deja de decir lo mismo: despectivo, intolerante, incapaz de observar, sólo puede hablar negativamente de la civilización de los orientales, en todo inferior a la europea. No sólo musulmanes, caen también los judíos y los cismáticos: éstos son inclusive peores que los protestantes, se ve obligado a concluir Rafael Camacho.

Las observaciones —que no fueron escasas— donde los autores europeos, por orientalistas que fueran, rendían homenaje al Oriente, faltan casi por completo en estos parientes pobres. Además de negativo, el Oriente es amorfo y estereotipado. El ambiente en el que se movían nuestros viajeros sólo les permitió ver a seres nebulosos que piden *bakshish* (“por regla general, puede decirse que los países de Oriente, con necesidad o sin ella, son países mendigos”, también dice López Portillo). El “sirviente nativo”, típico acompañante de los aventureros europeos, no se hace presente y pocos son los otros personajes que se destacan: algún turista inglés, los dragomanes, y las personalidades. La ya notada devoción decimonónica por el gran hombre llevó a los *South Americans* a anotar con unción su encuentro con ellos: Sarmiento relata la recepción que le ofreció el general Bugeaud, duque de Isly, y las conversaciones que con él mantuvo sobre la estrategia a llevar contra los

bárbaros (árabes o gauchos).²⁹ Malanco no deja de testimoniar en extensas parrafadas lo que según él se dijeron con Ferdinand de Lesseps.

La mujer a veces aparece; rasgo de los viajeros es creerse objeto de coqueterías; los latinoamericanos no son excepción: "creo que quería aventura", dice Miranda; hasta los buenos sacerdotes se persignan ante una judía que quería convertirlos a su religión; por el contrario Ignacio Martínez sigue a una tangerina, dispuesto incluso "a adorar el zancarrón de Mahoma y abrazar el islamismo con tal de abrazar también aquella mujer hermosa".

Estas actitudes pueden derivar del desconocimiento, pero también es que aplicaban a la realidad esquemas que traían consigo: los citadísimos franceses, las *Mil y una Noches*, más tarde las versiones de Omar Jayyam que hicieron furor; el caso más notable es el de Sarmiento, quien ya en Chile había adquirido una elaborada visión del Oriente que sólo tuvo que confirmar en Argelia. Y este Oriente es el inmemorial: hombres y mujeres hacen recordar a Isaac y a Sara; muy poco se nos dice de la situación política y social contemporánea y cuando hay un juicio, suele ser lamentablemente superficial: alguna comparación con América, o el deseo de que la civilización europea termine de penetrar en estos países. Y si del paisaje humano se nos ofrecen sólo algunos jirones, casi nada sabemos del natural.

²⁹ Este militar, que llevó a cabo la conquista de Argelia con métodos sumamente violentos, incluso haciendo sofocar en cuevas aldeas enteras de argelinos, no parece haber prestado mucha atención al argentino, al que llamó "español de Buenos Ayres" en el permiso que extendió a Sarmiento; véase Paul Verdevoye, "Viaje por Francia y Argelia"; por el contrario, Sarmiento lo tuvo en su pluma reiteradamente; como ejemplo del hombre de acción del expansionismo europeo. Recibió también la mención elogiosa de Engels (en artículo firmado por Marx en 1848, cuyo espíritu no difiere mucho del otro célebre artículo donde Engels elogia la invasión norteamericana de la mitad del territorio mexicano), véase Shlomo Avineri, *Karl Marx on Colonialism and Modernization: His Despatches and other Writings on China, India, Mexico, the Middle East, and North Africa*, Garden City, Nueva York, Anchor Books, 1969, p. 47 (debe notarse, sin embargo, que Engels se mostró más crítico del colonialismo francés en el artículo sobre Argelia que preparó para la *New American Cyclopaedia* de 1858); también Alexis de Tocqueville expresó su apoyo a los métodos de Bugeaud y consideró su obra como civilizadora, véase Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*, México, Siglo XXI, 1991, p. 238.

Por todo ello, es un Oriente arqueológico el que se nos muestra; los peregrinos lo hacen sin ningún reparo: lentamente sus relatos se van transformando en enciclopédicas guías de turismo; a veces esto ocurre ya en Egipto: Dihigo demuestra un fuerte interés por la cultura faraónica y nos deslumhra con papiros y dinastías. Ya en Tierra Santa, el tono enciclopédico es insoslayable: a veces es piadoso, y el P. Basurto no vacila en agregar páginas y páginas de himnos litúrgicos para recitar en los Santos Lugares; a veces se agrega la historia profana, pero pronto notamos que se trata de la historia clásica grecorromana, de las Cruzadas, de Napoleón Bonaparte.

La recreación de Europa, y de Estados Unidos, fue una de las metas de los latinoamericanos que sobre tales regiones escribieron para el público de unos países que querían ser su modelo fiel; se buscaba, por ello, detalles precisos y se conocían con cierta precisión nombres, hechos, instituciones y fechas; ante la exigencia de este público encontramos relatos y diagnósticos realistas y detallados. Del Oriente, por el contrario, la recreación sólo respondía a algunas nociones muy generales, de las cuales daban cuenta fácilmente las descuidadas descripciones reseñadas.

VII

Gómez Carrillo y Nogales Bey

Excepción notable a la superficialidad de la mayoría son los casos, aparecidos en torno a la Primera Guerra Mundial, de dos testigos cuyos relatos demuestran una mayor inteligencia. El guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), de gran nombre en la literatura continental, visitó extensamente el Oriente, en sentido amplio, desde Egipto hasta Japón, en más de una ocasión; del Cercano Oriente visitó y describió Turquía, Egipto, Siria, Palestina y el Mar Rojo.³⁰ En él encontra-

³⁰ Enrique Gómez Carrillo, *De Marsella a Tokio, sensaciones de Egipto, la India, la China y el Japón, París, Garnier, s.f.*; *La sonrisa de la esfinge. El Cairo, las mezquitas, la universidad coránica, la raza milenaria, el arte árabe, un pueblo de estatuas, la tragedia de las momias, las mujeres, el Nilo, la raza errante, el secreto de los templos, la vida y*

mos no sólo un estilo atractivo y detalles valiosos, sino también un comienzo de simpatía y comprensión. Sigue siendo orientalista, pero de un orientalismo como el de Pierre Loti (al que mucho cita y con el cual es notable la coincidencia en cuanto a los países visitados y descritos), y pudo llevar a Palestina una carta de recomendación del Doctor Mard..., el traductor de las *Mil y una Noches*. Aunque probablemente Gómez Carrillo haya comprendido más el Japón de sus días, que se vislumbraba como potencia tras su victoria sobre Rusia, también nos ofrece cuadros de interés sobre Egipto y Palestina; tiene frases admirativas ("son seres deliciosos, corteses, amables, galantes, hospitalarios, discretos, tolerantes"), conoce aunque sea de segunda mano algo de su literatura y hacer hablar a los mismos musulmanes (y de este modo un islamista o un nacionalista egipcio aparecen por primera vez al conjuro de una pluma latinoamericana) y también por primera vez la realidad contemporánea ocupa su lugar junto a los cuadros faraónicos o bíblicos: el nacionalismo árabe, la inmigración a América, incluso la colonización sionista.

Poco después llegaba al Oriente Rafael de Nogales Méndez (1879-1973), venezolano de vida aventurera.³¹ Había estallado la Primera Guerra Mundial y Nogales, que ya había combatido contra los norteamericanos en Cuba y contra Cipriano Castro en su país, se puso al servicio del ejército otomano, que sólo dejaría en 1918, abandonando una Estambul en llamas. Durante esos cuatro años el ahora oficial Nogales Bey dirigió el sitio de Van en medio de fríos polares y condiciones espantosas, asistió a las matanzas de armenios (y quizás participó en ellas, aunque no lo diga); luego, para huir de las amenazas de muerte de algunos generales otomanos, cruzó hacia Iraq, pasando a través de poblados kurdos y beduinos, para colaborar

el alma, etc., Madrid, Renacimiento, 1913; *Ciudades de ensueño*, Madrid Barcelona, Calpe, 1920; *Jerusalén y la Tierra Santa*, París, Louis Michaud, s.f.

³¹ Sobre Nogales ofrece una corta biografía y bibliografía el artículo de Herminia Méndez S. en el *Diccionario de historia de Venezuela*, Caracas, Fundación Polar, 1988, p. 1094, así como sus *Memorias*, trad. y pról. de Ana Mercedes Pérez, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, 2 vols.; sus aventuras en el Oriente están relatadas en *Cuatro años bajo la Media Luna. Su diario e impresiones durante la guerra mundial en los diversos frentes de Europa y Asia*, trad. esp. Madrid-Berlín-Buenos Aires, Editora Internacional, 1924.

en las maniobras defensivas que el ejército turcoalemán opuso exitosamente al avance angloindio en Mesopotamia; más tarde participó en una serie de escaramuzas contra las posiciones inglesas en el Sinaí y, de vuelta a Estambul, asistió al desastroso final de la guerra. En los años posteriores continuaría sus aventuras en Alaska, en la Revolución Mexicana, en Nicaragua y en Venezuela, antes de morir olvidado y pobre.

Nogales pudo ofrecernos un relato de primer orden; había aprendido el turco y mantuvo estrechas relaciones con la oficialidad alemana e incluso con el Kaiser, gracias a su educación en Alemania, donde su hermana se había casado con un miembro de la nobleza, y a sus hazañas durante la guerra. Recorrió el Oriente con el poder y la riqueza que su puesto le permitía (rodeado de sirvientes, caballos y perros) y asistió con la insensibilidad del soldado a batallas y masacres. Nos muestra así un Oriente que todavía es visto desde arriba, pero indudablemente real.

Con el fin de la Primera Guerra Mundial también los viajes cambiarían decididamente y la nueva situación hizo que se prestara más atención a las situaciones políticas, sociales y económicas de un Oriente que se empezaba a ver como viviente. La crónica frívola cede así el paso a nuevos tipos de relato. Los viajes fueron cada vez más masivos y el establecimiento de relaciones diplomáticas y de todo tipo con los países islámicos permitió que un creciente número de latinoamericanos conociera el Oriente y lo describiera de formas distintas. Aparecen así novedades interesantes: la estancia de algunos escritores da origen a relatos novelados; algunos orientales viajan a América Latina, y ofrecen el cuadro complementario al que hasta ahora hemos visto; latinoamericanos de origen árabe vuelven a su país de origen; la literatura se hace cada vez más amplia y se esboza un intento de comprensión.

Por todo ello, el orientalismo latinoamericano posterior a la Primera Guerra Mundial fue dejando atrás los modelos decimonónicos, y con ello un modo de relatar viajes que lamentablemente reunió todos los defectos y pocas de las pocas virtudes que había tenido su modelo: el orientalismo europeo.

